

RETO DE ESCRITURA

Tiquicia Vargas

Image not found.

Capítulo 1

RELATO N°1

LA ENCUESTA

Las votaciones están a la vuelta de la esquina, cada candidato ha hecho todo lo posible para conseguir más apoyo; el candidato Amarillo lleva la delantera por tres votos y medio, el candidato Azul está muy cerca con tres votos y un cuarto, un poco atrás con dos votos está el candidato Rojo; un último censo les dará un panorama general de sus posibilidades.

Casa por casa los agentes que van encuestando a los habitantes haciendo preguntas sobre sus preferencias políticas y sus opiniones generales. Se han asegurado de consultar sobre su modo de vida, sobre su grado de felicidad y satisfacción, sobre sus comidas favoritas y hasta el número de electrodomésticos que hay en casa. Cada pareja de encuestadores tiene dos calles completas que terminar antes de irse a almorzar.

El censo va muy bien le dice un muchacho a su compañero -- Sí, a la velocidad en que vamos podremos terminar incluso antes --. Entre conversación y conversación llegan a una casa de madera un poco despintada, el jardincito frontal aunque un poco escaso es agradable y limpio; los jóvenes atraviesan el sendero de cemento que lleva a la entrada compuesta un pórtico de madera oscura y un par de sillas de plástico. Allí tocan el timbre incrustado en la pared, al poco tiempo se oyen pasos desde el interior y la puerta se abre dando paso a un hombre de mediana edad, en camiseta y con los pantalones desabrochados un tanto caídos.

El primer muchacho inicia la encuesta con el tradicional -- Buenos Días, somos del Departamento de Censos de la Ciudad, le puedo hacer una encuesta--, el hombre lo mira de arriba a abajo y no dice media palabra por un instante que les pareció eterno, luego se sonríe encogiéndose de hombros y les contesta --Porque no--. El segundo joven hace la primera pregunta --¿Cuál es su nombre?, -- el hombre lo mira y dice --Adán--, luego le preguntan por su trabajo, su familia y su vida en general, luego sobre sus expectativas en las votaciones y los candidatos en cuestión. Llega el turno del primer muchacho para iniciar la segunda parte de la encuesta, con un asentimiento del hombre una mujer sale del interior de la casa secándose las manos en el mandil y se sienta en el sillón junto a su esposo, el joven la mira y le pregunta -- ¿Cuál es su

nombre? , ella contesta de forma muy natural Eva --. Los muchachos se miran un tanto desconcertados y uno de ellos piensa en voz alta -- Increíble, ¿la serpiente también vivirá aquí ? -- la pareja se mira y ambos gritan al mismo tiempo ---Suegra, la buscan---

RELATO N°2

NICTOFÓBICA

Después de horas de exámenes y pruebas en busca de alguna sustancia extraña el doctor por fin dio con la respuesta. --Nunca hubiese pensado en un padecimiento tan sencillo-- dijo el médico que me observaba mientras yo estaba recostada en la camilla y trataba de encontrar mi voz, -- la Nictofobia, es un mal común y general mente se cura solo cuando el paciente empieza a crecer -- le dijo a mi madre moviendo su cabeza con extrañeza y un poco de asombro. Yo no podía explicarle, como podía decirle que ese miedo siempre ha estado allí conmigo y nunca se fue.

Nadie entendía porque no dejaba de gritar, porque trataba de correr y alejarme desesperada como si mi vida dependiera de eso, yo solo necesitaba escapar, correr hacía donde hubiese más luz. Mis manos sudaban, no podía pensar en otra cosa más que esconderme mientras el corazón quería escapárseme del pecho. Los uniformados que me encontraron apenas podían sostenerme cuando atravesábamos las puertas del hospital, me sujetaban con tanta fuerza que mis brazos dolían mientras yo pataleaba encolerizada.

En mi prisa por alejarme no me fije en nada más que la calle frente a mí, todos en el vecindario me observaban conmocionados, haciéndose la misma pregunta sobre mi salud mental, en mi apuro empujaba todo lo que se me atravesó hasta que lancé a una mujer hacía el césped húmedo de uno de los vecinos. Fue cuando algo me sujetó con fuerza al suelo, no podía respirar, no podía moverme y no podía dejar de llorar, la oscuridad me dio alcance y me tenía completa mente atrapada.

El apagón abarcó toda la zona sur de la ciudad, la oscuridad se cernió rápidamente a mi alrededor, ahogándome completa mente, traté de quedarme quieta, de no hacer ningún ruido para que no me encontrara, pero nada podía frenarla, me envolvió totalmente antes de

que pudiera evitarlo.

Unas horas antes disfrutaba de mi habitación cálida y bien iluminada, acomodada bajo una manta gruesa con dibujos de corazones en todo su borde, mis medias de rayas me abrigan los pies y aun cuando mi pijama era una verdadera reliquia, yo lo adoraba. Estaba cómoda y nada me hubiera hecho salir, sobre todo la profunda negrura que envolvía al resto de la casa.

Desde que era niña la oscuridad me dio temor, tantas cosas ocultas con sonidos profundos salían de ella que básicamente me quedaba petrificada hasta que el amanecer trajera la luz y el calor a mi vida otra vez. Nunca pude explicar porque sentía ese temor, solo sabía que al irse la luz, la seguridad también se iba. Fui creciendo con los años, pero el temor irracional seguía allí, las cesiones de terapia le dieron un nombre Nictofobia, pero el temor seguía allí, el mudar mi cama a la habitación de mis padres me ayudó a conciliar el sueño por ratos durante la noche, pero el temor aún seguía allí.

RELATO N°3

SENTIDO COMÚN

Es el mes de junio del año de 1820, en la ciudad de Cross Fell, una hermosa ciudad de castores en su mayoría de buena familia, aunque también los hay de otras clases. Aquí el Señor Castor Teesdale vive en compañía de su pequeña familia, siendo una de las más consideradas dentro de la muy rígida Sociedad Castor. Por supuesto todos lo llaman solamente Señor Teesdale, lo normal en esta ciudad donde todos son castores.

Un día el Señor Teesdale anunció con regocijo que pronto la familia aumentaría de tamaño, tanto Elinor como su hermana Marianne estaban muy emocionadas y al mismo tiempo muy preocupadas, su madre, la Señora Teesdale ya no era una jovencita después de todo. Elinor y Marianne Teesdale eran dos castoras jóvenes de año y medio, la edad perfecta para encontrar pareja y pensar en construir su propio nido, cosa que sus padres sabían pasaría dentro de muy poco. La Señora Teesdale pasaba ya los siete años, aún era una hembra fuerte y sana, pero el Señor Teesdale no podía dejar de preocuparse, después de todo el

era un padre responsable y dedicado.

Todos los días Elinor y Marianne ayudaban en casa, cuidaban que su madre no hiciera esfuerzos innecesarios y tenían la cena lista para cuando su padre llegaba a casa. Eran buenas hijas sin duda alguna. Un día llegó al vecindario un castor nuevo, un joven apuesto de tres años de edad llamado Willoughby. Alto, de pelaje oscuro, con porte elegante y una sonrisa de anuncio; en cuanto Marianne lo conoció quedó completamente prendada de él. Era sin duda todo lo que una joven castora de buena familia como ella podría desear. El cortejo fue a buen ritmo con el beneplácito de los Señores Teesdale, quienes esperaban que Elinor encontrara un castor de buena familia que la cortejara también, por supuesto siguiendo las estrictas reglas de la sociedad de castores, reglas demasiado anticuadas según la opinión de Willoughby.

Pronto tanto Marianne como Willoughby se hacen muy cercanos, esto preocupa muchísimo a sus padres y hermana quienes tratan de protegerla sin interferir demasiado en su vida. Los tres sospechan que tal vez las intenciones del joven castor no son del todo honorables, pero no pueden probarlo. Un día de tantos en que la pareja de castores sale a pasear por el puerto de la ciudad en el carruaje de la familia, Marianne pasa el momento más duro de su joven vida; en un principio van conversando y riendo juntos de bromas que solo ellos entendían como era ya su costumbre, pero la castora notó en Willoughby un cambio, empezaba a actuar de manera extraña, un poco más distante y frío cada vez. Su cambio de actitud preocupaba muchísimo a Marianne pues sin duda esperaba una seria propuesta de su parte.

Ese día Willoughby le hace una propuesta, pero no la que ella esperaba. El joven tan atento en un principio esperaba como él decía una prueba de amor de la castora. Marianne no supo cómo responderle, se sentía muy enojada consigo misma por haber confiado en la apariencia agradable de este castor sin ver que solo buscaba divertirse sin llegar nunca a un compromiso serio con ella. Sin decirle una palabra se apartó de él y caminó tan erguida como pudo rumbo al carruaje de su familia y se marchó en el rumbo a su casa, dejando al castor con la palabra en la boca en medio del puerto abarrotado de castores.

En la seguridad de su habitación, la castora no podía dejar de llorar mientras su hermana y madre la consolaban, asegurándole que estaban muy orgullosas de ella, por tener el sentido común de no ceder ante un castor tan tenorio como ese. Las tres acordaron que era mejor no contarle nada a su padre del asunto, pues no había ningún daño que reparar y no querían que un escándalo acabara con sus oportunidades de encontrar un buen castor en el futuro, así que solamente le dijeron que el joven ya no la frecuentaría. Su padre la miró por un instante, luego le

sonrió sin decir nada más

Tres semanas después la Señora Teesdale tuvo a su nuevo retoño, una castorcita castaña como su papá y los ojos cariñosos de su mamá. Tras ese acontecimiento tanto Elinor como Marianne conocieron a dos apuestos castores que recién se instalaban en la ciudad.

RELATO N°4

RELATO DE UN CABALLO

Hace mucho tiempo un caballo pastaba en una pradera, para él cada día era igual al día anterior. Se aburría tanto que no dejaba de repetir con mucho pesar --¿por qué nunca pasa nada diferente?--. El tedio se fue apoderando poco a poco de su ánimo. Un día para entretenerse pensaba en lo que haría si pudiera volar, en ese momento un escozor le atravesó el lomo y de él surgieron dos alas, el caballo podía sentir como el suelo se desvanecía por completo.

Mientras su mente iba y venía por el cielo, el caballo poco a poco se iba relajando, al abrir los ojos se encontró rodeado por los mismos campos donde pastaba. -- Eso fue extraño -- pensó. Se dijo así mismo que había sido solo un sueño, un producto de su mente que jugaba con él, --Sí, eso debe ser--, miró hacia arriba y por un momento no quiso cavilar en nada más, entonces trotó hacia el establo que compartía con los otros animales de la granja donde vivía. Pero el caballo pasó la noche analizando el asunto, --¿Qué viaje?-- se repetía una y otra vez, pronto se durmió soñando con las nubes y ese cielo que lo envolvieron por un largo instante.

Al día siguiente salió a pastar nuevamente, al rato de pasar el día casi sin moverse cerró los ojos y se imaginó en el cielo otra vez, en nubes que lo rodeaban y volaba jugueteando con ellas. En el momento que aterrizó sobre el suelo apenas podía respirar; --Lo hice de nuevo-- se repetía con una sonrisa en su hocico. Al llegar al establo el dueño de la granja atendía a los otros animales, cuando fue el turno del caballo el granjero lo miró ceñudo y le preguntó mientras le movía la parte superior de la cabeza --¿Dónde estuviste todo el día?, No estabas en tu pradera como siempre--, el caballo relinchó un poco y se dedicó a beber su agua

en silencio.

Al amanecer del tercer día se dijo a sí mismo que volaría de nuevo, pero esta vez no cerró los ojos; cuando el escozor lo atravesó pudo ver como las alas surgían de él de manera natural. Las vatio un poco y se elevó seguro de que ya no se aburriría nunca más.

RELATO N°5

LA MARCA DEL MAGO

Del Diario personal del Mago Ucing, hijo de Otar.

EL INICIO DE MI VIAJE

Mi nombre es Ucing, hijo de Otar y esta es mi historia:

Nací en el pueblo de Pobos, ubicado en el lado norte del Reino de Alban, este es un pueblo pequeño y muy pobre, donde la vida es muy dura o al menos lo era antes de mi nacimiento. Soy hijo de Otar un humilde pastor sin casta alguna y su esposa de apenas quince veranos, soy también el mayor de cuatro hermanos. En mi pueblo los humanos no tenemos casta, siendo general mente la población más marginada, a pesar de eso nuestro señor era muy benévolo con nosotros. Cuando nací mi padre esperaba que fuera lo suficiente mente fuerte para llegar a la edad adulta y así poder ayudarlo a cuidar la escasa tierra que el Señor de Pobos, un enano de la Casta de los Artesanos nos permitía tener. Fue una sorpresa mayúscula cuando durante el parto una luz cegadora anunció mi condición de mago, no solo eso, sino que además poseía la marca, una que solo surge cada cien años y que me brindaría después de muchas penurias y pruebas la mayor de las recompensas.

A mi nacimiento mis padres decidieron que debían esconderme para protegerme de aquellos que por codicia podrían esclavizarme, así mis primeros diez años fueron realmente duros pero muy apacibles. Me enseñaron el valor del trabajo honesto, a hablar con la verdad por cruel que fuera y respetar la vida por sobre todas las cosas, también a mantener ocultas mis habilidades. Al cumplir diez años mi padre decidió que era hora de llevarme a la ciudad de Bláthanna, capital del reino desde

hace quinientos años, establecida cuando el primer Rey Supremo se alzó sobre todos los reinos circundantes y los unificó en uno solo. Nuestro destino era el Gran Santuario, el lugar donde aprendería a ser un gran mago. Empacamos algo de comida, agua además de un par de mantas raídas para descansar y sin yo saberlo, mi padre llevaba cuatro monedas de plata que eran toda su herencia. Tendríamos que viajar a pie, ya que no podíamos pagar por caballos para el viaje, y menos por el transporte en un carromato que los enanos tenían para su uso.

Para llegar a nuestro destino debíamos viajar por el territorio de los centauros en Fiorí, luego por las Praderas de Rongbuk donde los elfos vivían en una tensa paz con sus vecinos y por el caudaloso río que les da su nombre. Nuestro viaje a pie duró treinta días, viajábamos rápido, casi sin descanso porque podíamos ser detenidos en cualquier momento y al no poseer nada de valor que robar podrían esclavizarnos, aunque ese no era su mayor temor, mi padre temía mucho más que me descubrieran, ese sería el fin de todo para nosotros.

Al llegar al territorio de Fiorí nos encontramos con un enorme centauro que custodiaba el camino principal, pues mi padre creía que al ser tan transitado había menos posibilidad de encontrar ladrones o de que alguien nos detuviera. La enorme criatura se alzaba sobre nosotros con el orgullo de su Casta Guerrera, tenía una mirada dura y oscura que te hacía temblar aún más que los enormes gatos rojos que depredan en los bosques de Pobos; su voz casi era como un trueno en las noches de tormenta. Al cinto llevaba una enorme claidheamh de metro y medio de largo, tan gruesa como el brazo de un hombre adulto. Era tan impresionante que no pude evitar mirarlo con la boca abierta, eso pareció divertirlo mucho, tanto que al mirarme una mueca burlona torció sus labios. Solo debíamos atravesar el transitado puente, en su lugar fue la primera vez que mi magia surgió y nos metió en problemas. Sin saber cómo mis ojos brillaron dejándome ver fragmentos de la mente del centauro, como era su familia, su casa y su deseo de volver al terminar su año de castigo. El me miró perplejo, sabiendo lo que eso significaba mi padre me abrazó con muchísima fuerza, tratamos de correr pero el centauro fue más rápido y enseguida nos tenía acorralados, yo sabía que iban a separarme de mi padre e iban a entregarme al Señor de Fiorí, lo que significaba que ya no podría llegar a ser el mago que mi padre tanto anhelaba que fuera. Entonces me enojé, mis manos encendidas quemaron al centauro cuando trató de apresarme, cogí la mano de mi padre para correr tanto como pudiéramos. Seguimos corriendo hasta perder de vista el puente y a todos lo que estaban cerca.

Fue la primera vez que tuve mucho miedo, esa extraña y familiar sensación de poder mover el mundo con solo desearlo me abrumaba. Mi padre solo me abrazó sin decir una palabra ese abrazo me calmó lo suficiente para ver que estábamos en medio de una bellísima

pradera cubierta por hierba verde, flores brillantes y pájaros multicolor, era un hermoso lugar pero había algo más, podía sentirlo observándonos desde las sombras en las copas de los pocos árboles que nos rodeaban. Tratamos de descansar un poco antes de seguir nuestro camino pero enseguida nos vimos rodeados por un grupo de elfos armados, con ellos tuvimos que seguir hasta un poblado que no aparece en los mapas.

Ocultas bajo la hierba, las viviendas de los elfos parecen hoyos en la tierra, pero en su interior son cálidas, con pisos y paredes forrados en madera pulida, las raíces de los árboles se han convertido en muebles muy funcionales, los techos están contruidos con madera y argamasa, sobre la cual una fina capa de tierra le sirve de sustento a la hierba que cubre la casa por completo. Fue cuando la conocí por primera vez, era un año menor que yo, también muy delgada y arisca, como un animalito que pasa mucho tiempo enjaulado. Ella sería años más tarde la razón por la cual derrocaría a un tirano, su abuelo. Estuvimos encerrados en una habitación sin muebles por lo que me pareció una eternidad de tiempo, tenían planes para nosotros y mi padre sabía que no nos iban a gustar. Unas horas más tarde cuando creíamos que nuestra suerte estaba echada la pequeña nos ayudó a salir de ahí. Escapamos apenas a tiempo, pero ella decidió que debía quedarse porque su madre la necesitaba. Con mi magia, le dibujé una flor en el pecho y ella me dio un beso en la mejilla a cambio.

Caminamos hasta el margen de un ancho río y seguimos su orilla hasta llegar a un puente, pensé que cruzaríamos el Gran Río de Rongbuk usando el puente, pero seguimos de largo sin atravesarlo, en lugar de eso mi padre pagó las cuatro monedas de plata a un barquero para que nos llevara a través de él hasta el Río Bláthanna. Nuestros problemas no acabaron al perder a nuestros perseguidores, allí mi magia reaccionó nuevamente por sí sola al conectarse con la enorme serpiente anfibia que dormía plácida entre la orilla y el río hasta mi llegada. Nunca admiré más a mi padre que cuando me tomó por la cintura y se aferró a mí para que la serpiente no me llevara. A pesar de mis años entendí que me protegía con su propio cuerpo. La serpiente luchó por llegar a mí y los marineros que desconocían la razón del ataque lucharon feroces contra ella, vencéndola con mucho esfuerzo. No sabía entonces que mi padre estaba herido, al llegar al puerto menor de Bláthanna estaba muy débil, decidí entonces hacer algo por mi propia cuenta a pesar de su negativa. Tomé con ambas manos su herida y desee que se curara, mis manos se calentaron y empezaron a brillar, la herida de mi padre que ya sangraba profusamente dejó de hacerlo cerrándose rápidamente. Creí que todo estaría bien cuando una mujer me vio curarlo y fue a dar aviso a dos guardias que estaban en el puerto en ese momento, no perdimos tiempo, aferrado como nunca a la mano de mi padre lo llevé corriendo tras de mí hasta que dejamos de oír los gritos de la mujer y el llamado de los guardias. Nos detuvimos cerca de un lugar increíble, con jardines exuberantes, y personas vestidas de blanco que parecían no tener nada

en absoluto que hacer salvo tomar el sol y disfrutar del ocio que solo los adinerados disfrutaban. Allí estuvimos a punto de ser arrestados cuando mi padre me pidió que hiciera lo que siempre me prohibió hacer en público, usar mi magia para detenerlos, no sabía bien cómo hacerlo así que hice lo de siempre, solo lo desee. En ese momento mis manos brillaron y todo fue caos, las piedras flotaron varios centímetros, las faldas de algunas mujeres también, las armas que nos rodeaban se desvanecieron ante la vista confundida de los soldados. Fue cuando un hombre de edad avanzada se paró frente a nosotros, miró a mi padre a los ojos para luego ordenar a los soldados que se retiraran. Todo quedó en silencio, él me había reconocido y de alguna forma yo a él. Ahora yo tenía una casta, pertenecía a la Casta de los Magos.

Después todo es historia como dicen, fui acogido en el Gran Santuario y entrenado hasta el día de hoy cuando en pocas horas seré el nuevo Portador del Ojo de Sibir, el más valioso libro de todo nuestro reino porque en él se ha recopilado toda la sabiduría mágica acumulada por generaciones inmemoriales de portadores antes que yo. Mi familia ahora está protegida, mis hermanos hoy pueden cultivar y vivir en sus propias tierras, mi pueblo de nacimiento ya no es tan pobre, pues ahora gozan de la protección del propio Rey Supremo y mi padre ha sido honrado como un ejemplo de todo lo que un padre debe ser.

Del Diario del Gran Mago Ucing

Era Tercera del Reino de Alban

RELATO N°6

NO VOY, NO VOY.

Soy oficial de la fuerza pública de Puntarenas desde hace diez años, en ese tiempo he visto muchísimas cosas, como el ternero que se subió a un taxi o la señora que se llevó el autobús de su vecino para hacer unos mandados en el centro de la ciudad costera. Pero sin duda la más extraña ocurrió hoy, cuando un toro llamado El Dólar decidió que no iba a ningún lado con sus dueños.

Dólar siempre ha sido un animal voluntarioso y muchas veces difícil de controlar, en la finca sus dueños general mente lo mantienen en

un corral aparte, porque aparte de rebelde es bien peleonero.

Cuando nos llamaron los vecinos del Barrio El Carmen lo hicieron muy alarmados, alegando que un furioso animal corría frente a sus casas dañando vehículos y árboles por igual. El pánico que generó empezó a ser un problema. Cuatro oficiales se destacaron para poner bajo control la emergencia, Rodríguez y Barquero, ambos de larga trayectoria en la delegación central de Puntarenas trataron de acorralarlo a la salida de la calle antes de que llegara a la carretera principal. Por el lado opuesto Vega y yo buscamos la manera de hacerlo subir al camión de una vez por todas, pero el condenado animal se burlaba de nosotros.

Tras muchos intentos fallidos el ánimo de mis compañeros oficiales se encontraba bastante caldeado, pero logramos por fin poner orden en esos setecientos metros de pánico y caos en vía pública. No hubo heridos por supuesto, pero sí muchas personas enojadas clamando justicia por los daños ocasionados a sus propiedades. Los dueños lograron engañarlo para atarlo a un árbol y procedieron a acercar el camión para sacar al furibundo animal de la zona antes de que terminara en la carnicería local.

En mi informe, además de alabar la efectiva labor de mis compañeros, también debo explicar cómo fue que mi patrulla terminó con los cristales laterales rotos, a pesar de que el toro y toda la situación que se generó en ese momento se dio a unos cincuenta metros de donde la estacioné.

RELATO N°7

LA TERAPIA EN SUSURROS

Nadia inició como siempre, un breve saludo apenas audible, una ligera sonrisa que esperaba tranquilizara a su alterado paciente. Susurro tras susurro el sujeto que parecía estar a punto de saltar por la ventana hacía un rato fue relajándose hasta casi parecer dormirse.

Nadia sabía con solo mirarle que este sería sumamente receptivo, tras pasar a la sala decorada con plantas por todo el lugar, una alfombra verde que da la impresión de ser de césped y el suave murmullo de aves y un río en la cercanía el paciente practica mente sentía que había

pasado a un bosque, un muy cómodo diván lo esperaba en el centro del salón, donde Nadia usaría cada uno de sus sentidos para lograr el estado de relajación que buscaba.

La piel de su paciente empezó a mostrar el efecto esperado, un estremecimiento lo hizo moverse apenas perceptiblemente, su mente parecía flotar a medio camino del éxtasis, mientras su cuerpo descansaba boca abajo en el diván. Algunas caricias en el cabello, las uñas por el cuello y el hormigueo en su espalda desencadenaron la respuesta ansiada.

El paciente por fin había llegado a su tan necesitado estado de paz, la respuesta sensorial le dijo a Nadia que la terapia era un éxito. El hombre se levantó poco a poco, miró a su alrededor por un breve instante y salió por la puerta rumbo al escritorio de la secretaria que esperaba afuera. El siguiente paciente ya estaba listo para entrar.

RELATO N°8

HEROE DE GUERRA

La trinchera estaba atestada, húmeda y lodosa cuando llegué con mi destacamento a Verdún, en el noreste de Francia, mejor conocido como El frente Occidental. Yo era un voluntario británico al igual que casi todos los varones saludables de Castle Combe, un pueblo relativamente apacible en el condado de Wiltshire, aunque lo parecía por nuestro modo de vida suave y apacible, realmente no estaba tan alejado de Londres, esto nos permitía cierta afluencia de visitantes durante todo el año, bueno para nuestro comercio local. Antes de esta guerra yo era un jardinero en Manor Hause, una bella casa solariega donde grandes personajes habían sido propietarios o residentes y siempre me enorgullecí de mi trabajo.

Era el 21 de febrero de 1916, fuimos emplazados en la segunda trinchera, estratégicamente situada a 375 metros de la plaza principal. El día pintaba muy lluvioso, casi vaticinaba lo cruento que sería todo a nuestro alrededor; cuando la artillería alemana inició su arremetida muchos de nosotros apenas tuvimos tiempo para movilizarnos. Sentí el sabor amargo de la bilis estrujándome mientras mis oídos zumbaban, el aire rancio de hedores se llenó muy rápido de pólvora. Vi a muchos de mis conocidos aullar de dolor, algunos alemanes quedaron enredados en las barreras de alambre de púas, distribuidas en el perímetro exterior de la zona de combate; posiblemente trataban de llegar a nosotros para causar aún más daño, fue un error que muchos de los nuestros también

cometieron.

Las pérdidas fueron considerables, principalmente para los franceses; los muertos estaban apiñados unos con otros, entre el lodo y la destrucción que había por todos lados, los lamentos de los heridos aún atrapados entre sus compañeros caídos llenaban el aire, los moribundos también se quejaban pero ya no había nada que hacer por ellos excepto esperar por fin su silencio. Entre las condiciones insalubres de hacinamiento y las enfermedades por infección nosotros debíamos resistir el tiempo que fuera necesario, pero la mayoría moriría incluso antes de que los ataques enemigos se reanudaran nuevamente. El sentimiento general de los hombres aún en pie era de desaliento, esa sensación de estar ya en la fosa donde nuestros restos mortales descansarían lo quisiéramos o no. Yo solo podía pensar en Margen mi prometida, ella me esperaba en casa lista para casarnos en cuanto volviera, le prometí que lo haríamos el mismo día de mi regreso y deseaba cumplir con todas mis fuerzas esa promesa.

Logramos detener el avance alemán con un costo altísimo, no ayudó que el general Langle de Cary no fuera realmente un buen estratega. Cuatro días más tarde del inicio de los enfrentamientos nuestros oficiales casi agradecieron al cielo su fortuna, Cary había decidido abandonar la ciudad. El gobierno francés concluyó que no podíamos perder la plaza considerada inexpugnable hasta entonces y designó al general Philippe Pétain para que tomara el mando. Sus contraataques eran violentos pero muy efectivos al mantener a raya la situación.

Mientras el sexto combate tenía lugar, yo fui alcanzado por la metralla inutilizando mi pierna izquierda casi por completo. Sé que corrí con mucha suerte, pude perderla ese día, pero el médico se apiadó de mí al enviarme de vuelta a casa; ya no podría luchar en el frente de nuevo. Me casé seis meses más tarde, cuando gracias a la fuerte persistencia de Margen había logrado levantarme y movilizar mi perna paralizada lo suficiente para recorrer el pasillo central de la capilla de nuestra parroquia. Ahora caminaba con la ayuda permanente de un bastón, también era considerado un héroe de guerra en mi pueblo, un capitán condecorado que tuvo la buena estrella de volver, la mayoría no lo hizo.

Mi regimiento fue enviado a Somme donde sin saberlo enfrentarían lo peor de la guerra.

RELATO N°9

DORMIRÉ PARA SIEMPRE

Me trajeron cuando tenía solo doce años, dijeron que estaba enfermo, que necesitaba ayuda y vinieron con sus batas blancas para ayudarme a sanar. Yo tenía miedo entonces, también lo tengo ahora. Los baños con agua fría son cosa de todos los días pero algo ha cambiado, la mirada de una de las ayudantes me dice que todo está próximo a terminar, creo que ya se han cansado de su juego; no habrán más baños, ni pastillas, muy pronto no habrá nada más. Tal vez sea lo mejor, entonces siento temor por lo que hayan planeado para mí.

Justo es la hora, ella siempre viene puntual a verme, me seca la frente, me besa en las mejillas y me cuenta historias como antes cuando era un niño feliz en casa; donde siempre había alguien dispuesto a servirme. Ella me decía cuanto debía agradecer la suerte que teníamos. Un hogar no es algo sencillo de hallar, menos uno con un benefactor tan bueno como él. Ella lo llamaba benefactor, yo lo llamo demonio porque desde el día en que entró en nuestras vidas todo se fue al infierno. Estoy enojado con ella, no debió permitir que me trajeran aquí, me dejó en sus manos y no le importó nada más de mí. Yo la llamé hasta que mi voz casi desapareció, me aferré a su cuerpo y luché para que no nos separaran, ¿por qué ella no luchó conmigo, por qué no tuvo una sola palabra para mí desde ese día?

Mi dolor es muy grande, me duele el alma, los brazos, la cabeza, no puedo parar de llorar, mi fin se acerca. Dormiré y esta vez no despertaré más. Eso será un posible alivio, uno bienvenido, pero sería mejor si pudiera despedirme de ella, verla una vez más.

Ya no es posible, dicen que le hice daño, mis manos manchadas con su sangre terminaron con esa posibilidad. Ella descansa en el cementerio familiar de la gran casa que fue mi hogar hasta ese día y yo me marcharé para estar a su lado, esta vez para siempre.

RELATO N°10

SOMBRAS EN LAS PAREDES

Han sentido alguna vez como las sombras consumen todos los espacios al caer la noche, como se tragan literalmente de un bocado cada

trocito de luz que encuentran a su paso; su reino crece vertiginosa mente sobre cada instancia y cada objeto que se encuentra en su camino. La noche trae consigo a las pesadillas, esos mercenarios implacables que sin piedad alguna conquistan los pensamientos de aquellos que desprevenidos descansan en el mundo de los sueños. Fue durante uno de esos tiempos de alivio que sucedió lo que a continuación cuento:

Acostada en su cama después de un día demoledor, la durmiente mujer olvida todo lo acontecido en las horas de trabajo para darse a la tarea de reparar el cansancio que golpea en cada músculo de su cuerpo, nadie puede culparla por echar la cabeza sobre la vieja almohada y quedar inconsciente casi enseguida, tampoco puede culpársele si el cargado cuerpo apenas cabe en el viejo camastro de madera reciclada, es muy poco pero aun así suficiente para ella sola. La casita de una sola habitación tiene las paredes hechas de viejos tablones recogidos aquí y allá, de láminas de zinc oxidadas y alguna cubierta plástica para evitar que la lluvia mojara la poca comida almacenada sobre una tabla de veinte centímetros de ancho por cuarenta de largo.

A pesar de su cansancio algo la despierta durante la noche, un movimiento que no debía estar ahí, sonidos vivientes que surgen de la oscuridad le hacen saber que hay alguien justo a su lado, eso se mueve a sus anchas por el piso de tierra sin molestarse en ocultar su presencia en el lugar. La mujer tiembla ante el espectro que la acecha, ante su risa gruesa que surge de una sombra sin forma que avanza y regresa a su punto de origen una y otra vez. Ella tiembla y no sabe si esta entumecida por el frío de la madrugada o por el temor de no reconocer a su acompañante; él vuelve a reír, lo hace de nuevo esta vez más fuerte. Ella vuelve a temblar, ahora sabe que no es por el frío, pero permanece acostada sin moverse esperando que él se vaya.

Las sombras siguen su danza malévola a su alrededor, sobre las viejas paredes de la casita en tanto que cientos de manos surgen de ellas tratando de alcanzarla sin llegar a hacerlo, el corazón le late vertiginoso pero ya no puede sentirlo. En la oscura soledad del pobre espacio su cuerpo sin vida descansa sin sentimiento alguno, sin culpa o remordimiento por aquello que pudo alcanzar si hubiese tenido más tiempo.

Las sombras se marchan por fin al llegar el alba, la luz domina de nuevo cada recoveco del entorno en la cómoda habitación con baño privado, un movimiento bajo el gordo edredón que cubre los dos cuerpos cálidos bajo él le recuerda que no está sola. ----Buenos días amor, dormiste bien? ----, ella mira un poco atolondrada a la persona que le habla, es su esposo, lo reconoce de inmediato a pesar de apenas distinguirlo en las sombras del amanecer. Trata de moverse fuera de la cama pero su cuerpo apenas le responde, frente al espejo una pálida imagen de su rostro le dice que no ha descansado y las marcas de tres

arañazos en su mejilla le cuentan que una vez más la pesadilla se ha repetido durante su descanso. En la ducha su joven esposo enjabona su cuerpo tarareando una vieja melodía de Alfred Hitchcock; sus pensamientos no están con su esposa quince años mayor sino con la joven maestra que espera tomar su lugar.

RELATO N°11